

UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

**REVISTA DE
DERECHO**

AÑO XLV — N° 166

ENERO - DICIEMBRE DE 1978

**ESCUELA DE DERECHO
CONCEPCION — CHILE**

CELEBRACION DEL "DÍA DEL FORO Y LA MAGISTRATURA"

Como es tradicional, en este año, el día 1° de septiembre, se celebró por el Colegio de Abogados y la Itma. Corte de Apelaciones el Día del Foro y la Magistratura. En esa ocasión, junto con conmemorar los coincidentes aniversarios, se destacó el ingreso de los nuevos abogados y las distinciones de que fueron objeto los profesionales que cumplían treinta años de actividad.

En nombre de estos últimos, usó de la palabra el abogado y profesor de nuestra Escuela de Derecho, don Waldo Otárola Aqueveque, cuyo discurso transcribimos.

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON WALDO OTAROLA AQUEVEQUE, EN EL DÍA DEL FORO Y LA MAGISTRATURA. EN EL AÑO 1978.

En primer lugar debo expresar que estoy aquí por una benevolencia muy señalada del H. Consejo de la Orden que, en comunicación demasiado enaltecida y en términos que no merezco, me hizo saber de esta distinción, no obstante haber dejado hace algún tiempo y por razones especiales, el ejercicio libre de la profesión que desempeñé por muchos años y concurrir así, a este acto junto con los colegas Srs. Isolda Manquilef de Villagrán, Gustavo Villagrán, Fernando Enríquez, Pedro Aruta y Ricardo Serrano López de Heredia. Mayor significación aún tiene para mí, ya que en los inicios de mi carrera tuve el honor de ser elegido en dos oportunidades por mis colegas para el cargo de Consejero.

Mención separada debo hacer de don Enrique Baughamer Albornoz, a quien vimos desempeñarse como magistrado íntegramente captado por su ministerio, con ejemplarizadora tenacidad y brillo fundamentados en su sapiencia y vocación que permitieron que al retirarse de su alto cargo como Ministro de esta Corte, siguiera dispuesto al ejercicio de la profesión llegando a cumplir 50 años en ella. Bello ejemplo de lo que se puede llegar a hacer cuando se está compenetrado de la importancia de la carrera a que ha dedicado su vida y del cariño que le tiene; eligió ser abogado, cumplió una de las más importantes funciones a que puede aspirar un hombre, como es la de hacer justicia y, terminado ese período, sigue dispuesto con la experiencia inapreciable que sólo dan los años.

Al cabo de 30 años intensamente vividos, junto a gentes de variada naturaleza, de distintos intereses y edades, en distintas épocas, en circunstancias de convivencia política de afectos y desafectos, en países de muchas latitudes, en éxitos, en derrotas, con ilusiones y desilusiones, podría esperarse que habría mucho que decir. Sin embargo, a los hombres y mujeres con quienes nos formamos, un poco anteriores o posteriores a nuestra generación, nada podemos agregar a su riquísima y personal experiencia y jamás podríamos atrevernos a insinuar un repaso

de su vida contándoles lo nuestro y si lográramos un diálogo con ellos a este propósito es probable que no tuviéramos nada que exhibirles y, en cambio, mucho que aprender.

A la juventud, junto a la que hemos convivido —vivir con la juventud es una forma de no envejecer—, especialmente representada por los nuevos abogados y que en cierta forma hemos contribuido a formar, debemos hablarle reconociendo una triple humildad: una, derivada del mundo que nosotros creamos para ellos, que está lejos de ser un ejemplo de civilización en muchos aspectos y lugares; otra, por no haber logrado una comunicación entre las generaciones, en la que tenemos mucha culpa; y una tercera, que a muchos les cuesta reconocer, porque olvidaron que fueron jóvenes: que los descubrimientos de hechos, lugares y verdades muy conocidos por las generaciones anteriores, realizados por los jóvenes, son absolutamente nuevos, no sólo para ellos, sino también para nosotros al permitírsenos verlos desde otra mentalidad.

El Papa Paulo VI dijo poco antes de morir que "el hombre moderno ha aumentado mucho sus conocimientos, pero no siempre la solidez del pensamiento, ni tampoco siempre la certeza de poseer la verdad". Es probable, podemos agregar nosotros, que éste sea el rasgo distintivo de la época que nos tocó vivir y que esa búsqueda constante de verdades trascendentes frente al descubrimiento diario de novedades conmovedoras de enseñanzas anteriores en el orden científico, nos haya ido conduciendo por caminos divergentes en el uso racional de esos conocimientos. Nunca como ahora el hombre enfrentó, con conocimiento masivo, tanta cosa nueva y parece también que nunca fue tan incapaz de darle un sentido positivo que le permitiera vislumbrar un permanente entendimiento cordial, ni en los términos globales de la organización mundial, ni en las expectativas de su propia nación y muchas, muchas veces, en el origen de toda escuela para vivir en sociedad, su propia familia. Es como si el hombre se arrancara de sí mismo y se perdiera sin encontrar su propio presente. Todo cambia y es necesario aceptar vivir en el seno de un cambio que se acelera y que abruma. "Para quien abandona un oficio, una residencia, amistades, hábitos, el cambio puede ser desgarrador. Aun en el caso de que el hombre siga en el mismo lugar, las cosas cambian a su alrededor. Hay demasiadas ideas envejecidas, situaciones terminadas, técnicas en desuso, ciudades anticuadas. Y al mismo tiempo, hay demasiadas ideas nuevas, situaciones inéditas, técnicas sin filiación, ciudades sin raíces" (Jean Jacques Servan Schreiber).

La juventud tiene una sola clara obligación, el compromiso consigo misma. Comprometerse con el pasado más allá de considerarlo un simple punto de referencia, es renunciar a su propia condición de ser jóvenes. Creemos que sólo debe realizar plenamente su presente sin considerar prejuicios que, aunque caros para las generaciones hoy al mando, pueden ser para ellos necesariamente caducos. En su inconformidad con su real manera nueva de ver las cosas está el origen del progreso. Lo demás es vegetar en ideas que por ineficientes son inactuales y lo peor, ajenas. Es heroico reconocer como error una verdad propia de toda una vida; es ingenuo, de inocencia inexcusable, vivir en el error ajeno. Vivir plenamente el presente, realizarlo con propiedad de manera que cada día signifique una experiencia, positiva o negativa, es construir el futuro; pero con el sentido claro de que estamos constantemente de

paso y que sobre ese futuro no tenemos derechos inalienables, porque pertenece a otras generaciones que, tenemos derecho a esperar, serán mucho más inteligentes que la nuestra.

De aquí que pueda haber dos actitudes: los profetas del futuro, que podrían llegar a constituir un entretenido ejercicio novelesco y la **actuación militante del porvenir**; de aquel que tiene conciencia de que su acto de hoy, su pensamiento de hoy, legítimamente asimilado y transformado después por mentes nuevas, pueda llegar a ilustrar un acto del futuro. Un acto bien realizado hoy es una flecha a la eternidad. Es a lo que Tolstoy se refería cuando expresaba: "Canta bien tu aldea y serás universal" o la hermosa carrera que no se encuentra al final de nuestra existencia personal y que sigue y que nos invita a darle sentido de eternidad, corriéndola bien, de que hablaba don Enrique Molina o de la sapiencia bíblica de "basta a cada día su afán, que el día de mañana ya traerá su fatiga".

Nuestra experiencia de tantos años nos dice que la juventud siempre tuvo mucho que hacer y que decir; y aquí en Chile, en esta época los motivos para su compromiso son inminentes, inequívocos e inexcusables.

Le podría decir también que la vida debe ser una permanente escuela para reconocer jerarquías. Los economistas y los planificadores, los empresarios y todos aquellos que de una manera u otra tienen a su cargo la organización de una actividad, nos hablan de un orden impuesto por prioridades de objetivos, elecciones subsidiarias de recursos y de acciones consecuentes; pero pocos nos hablan del reconocimiento de la jerarquía personal que un hombre puede ganarse por la altura de su pensamiento, la claridad de sus propósitos y la coherencia de sus actos. Inclinarsé allí es un homenaje a la inteligencia, que agranda al que lo rinde. A veces la disciplina se confunde con ello y aunque debamos cumplirla rigurosamente, jamás debe significar sumisión espiritual.

Aprendí también que vivir es participar. Nada de lo que sucede es ajeno al hombre y por lo tanto, no puede alejarse de lo que lo rodea con el pretexto de que ya no hay novedades que le interesen. Las situaciones y las personas pasan muy de prisa, pero consciente o inconscientemente, siempre dejan algo que no considerar es como un pecado de soberbia, por un lado, o de reconocimiento de incapacidad por otro. El hombre vive en sus circunstancias y tiene la obligación de reaccionar frente a todo hecho, acto o idea nueva, legítimamente, con agrado o con ira, pero nunca permanecer indiferente, porque entonces y sólo entonces habrá empezado a envejecer, que es empezar a morir. Resulta así que vivir es permitir que las ideas aniden en nuestras mentes, en el más puro sentido que anidar tiene.

Aprendí también, aunque aturridos por el desconcierto, y como lo dijera en otra ocasión, que la ilusión bien concebida es tan real como el hecho más concreto y aferrarse a ella con determinación y audacia, con una acertada proyección de nuestras posibilidades, es el destino del hombre que sabe qué hacer de sí mismo. En último término, es expresión de fe en la dignidad de su condición humana, de confianza en que la comprensión de sus propósitos generará intereses comunes, que aunará voluntades y que no se sentirá solo. El día que pueda proponer esa ilusión, grande o pequeña, sólo sería y honesta, será el día que llenará todos sus días y habrá conocido la esperanza.

Pero lo que agranda nuestro particular regocijo y que es el resumen de los años pasados, es que a pesar de portar tantos pecados y no poder exhibir méritos valederos, no obstante las luchas en el ejercicio profesional y las frustraciones que pudimos causar a nuestros alumnos, hice amigos de toda una vida, que son una muestra de comprensión y generosidad que no terminaré de agradecer y que, entre otras, se manifiesta en esta distinción que, junto a los otros colegas, he sido objeto por parte del H. Consejo de la Orden.

Queden hasta aquí estas reflexiones, expuestas al correr de la pluma o más bien, al correr de los años.

Las dejo como siluetas oscuras de pájaros marinos, volando hacia el sol poniente.

De sombras en busca de la luz.